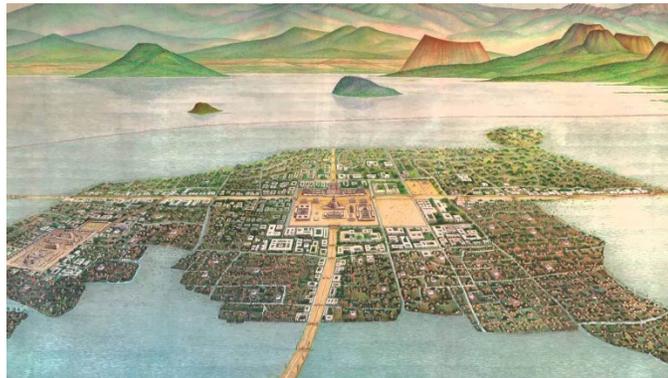


COSMOGONÍAS H2O

La del agua es la historia de la humanidad y una preocupación constante en el origen del progreso de los pueblos. Las grandes civilizaciones nacieron y se desarrollaron cerca de o en torno al agua. (El País, 2013); Egipto con el río Nilo, Mesopotamia con los ríos Tigris y Éufrates, la misma México-Tenochtitlán al centro del gran lago, solo por mencionar algunas.



El ciclo del agua y su influencia en el desarrollo de las sociedades no es novedoso, se remonta a las culturas hídricas que están en el origen de las grandes civilizaciones y que impulsaron la economía, la cultura, el desarrollo social y dentro de éste último, la creación de una compleja cosmogonía en torno a la naturaleza y sus recursos; pues en su manera de comprender y explicarse el cosmos, el mundo y la vida en general; dotan de una personalidad divina a todos estos elementos por todo lo que de ellos obtienen, ya sea para bien o para mal.

Y son precisamente éstas categorías de valor e importancia dados a los recursos naturales, en especial al agua, lo que hay que rescatar; pues el sentido primordial de su veneración y cuidado radica en **la conservación y la permanencia de la vida**. No solo de los humanos y sus sociedades, sino la vida misma del planeta y todo lo que hay en él.

Al contar con funciones perfectas, la naturaleza se convierte -a través de estas cosmogonías- en el bien que la humanidad debiera proteger, pues la continuidad de ciclos, labores y actividades depende de ella.

Deidades y espíritus del agua contamos por montones alrededor del planeta; así también ritos, creencias y saberes que persisten hasta nuestros días gracias a sinfín de tradiciones, narrativas de pueblos originales, la literatura universal y la historia.

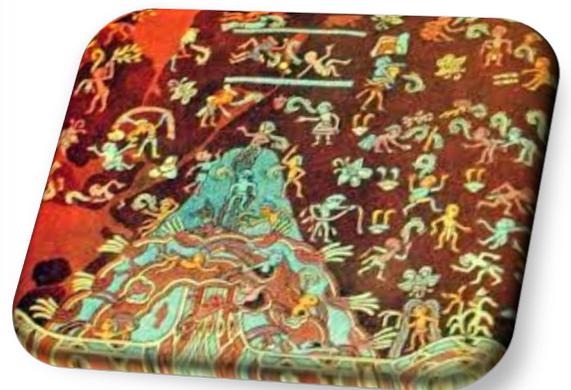
En diversas religiones el agua es sinónimo de purificación de cuerpo y alma: aguas benditas para bautismo en el cristianismo, abluciones en el islam, baños rituales y purificaciones en el hinduismo y budismo, entre otras. De igual manera cuestiones como el diluvio universal se narran en distintas culturas dentro de sus mitos de creación,

'batallas' con agua en celebraciones diversas, danzas, santos, entes/esíritus elementales y un largo etcétera que bien nos llevaría varios tomos por la amplia bibliografía sobre el tema.



Es la necesidad de explicarse estos fenómenos naturales lo que lleva a los primeros humanos a dotarles de esa personalidad divina y adorarles para recibir sus bondades y vivir acorde con la naturaleza.

Para el caso de México, tenemos identificadas a las deidades del agua durante la era prehispánica: Tláloc en la meseta central, dios de la lluvia y el trueno. Habita en el Tlalocan, lugar paradisiaco y de recreación a donde van a parar las almas de las personas que murieron en circunstancias relacionadas al agua como ahogados, caída de rayos, deshidratación y hasta hidropesía. Muestra de ello está en las ilustraciones que se encuentran en diversos códices y que muestran también a Chalchiuhtlicue, compañera o dualidad de Tláloc, diosa de las aguas superficiales y sus corrientes junto a los Tlaloques, ayudantes de las deidades y cuidadores de los lugares de agua.



Se sabe de Chaac, deidad de la lluvia y el trueno para los mayas; Cocijó para los zapotecos y Dzahui para los mixtecos, que son los más conocidos y hay semejanzas entre ellos pues al ser deidades del agua (de la lluvia principalmente), de ellos depende que la tierra obtenga el sagrado recurso que ha de dar permanencia a la existencia de humanos, pues los dotará de alimento a través de plantas y animales, mismos que también subsisten gracias a sus bondades.



Tiempo después, los pueblos agrícolas de Mesoamérica requirieron, una vez colonizados y evangelizados, personajes que sustituyeran a las antiguas deidades del agua y de la lluvia; de ahí que algunos de los santos cristianos tomaran ese papel. La época colonial estuvo llena de devociones y cultos populares a los santos propiciadores de lluvias y muchos de ellos continúan hasta nuestros días.

Las primeras devociones cristianas surgieron ligadas a creencias en que las deidades de los cultos ancestrales tomaron cuerpo en las figuras de los santos católicos (sincretismo). Así, de los dioses resultaron santos ligados a las necesidades más imperiosas, pues la naturaleza parecería requerir estas mediaciones para favorecer a la sociedad, sobre todo en la cuestión agrícola (Merlo, 2009).

Ejemplos de esto están en San Juan Bautista, patrono de los pueblos donde abunda el agua y en los que sus habitantes la piden para garantizar su subsistencia; cada 4 de octubre se celebra 'El Cordonazo de San Francisco' (de Asís), con el que se identifica el fin de la época de lluvias. La creencia dice que el santo sacude el cordón de su túnica para quitarle el agua que allí se ha acumulado y al hacerlo, caen las últimas gotas de agua de la temporada.

Por su parte, San Isidro Labrador es ampliamente reconocido y venerado como uno de los principales patronos de los campesinos y trabajadores agrícolas en nuestro país. Él atrae la lluvia a los campos para tener una cosecha abundante y si esta (la lluvia) escasea,

basta con rezarle y decir “San Isidro Labrador: trae la lluvia y aleja el calor”; súplica que refleja la necesidad por el preciado líquido y las buenas cosechas.

Independientemente de la fe, devoción o creencia que se tenga, lo destacable en cada una de ellas y lo que nos ocupa, es la importancia y valor que se le da a la naturaleza y sus recursos (específicamente al agua), pues sin el cuidado hacia éstos, cualquier tipo de vida -y de creencia- peligra.

Es así que el agua forma parte de las explicaciones del universo y de la vida, pues algo tan relevante y con capacidad de dar vida o quitarla, merece estar en las consideraciones más profundas del intelecto y del sentir humano. Apreciar, valorar y proteger este recurso es la constante que debería permanecer más allá de cualquier diferencia.

“La esperanza para una ciudad que no cesa de crecer y destruir sus recursos naturales está en redescubrir las culturas que conservan el amor, la pasión y la fe en la vida lacustre, y que por fortuna aún prevalecen. La humanidad entera pasa de una narrativa épica de la necesidad de dominar a la naturaleza a una narrativa apocalíptica en la que se cierne la amenaza de agotamiento, deterioro y destrucción de los recursos naturales. Para ello se requiere una revisión a fondo de las políticas hidráulicas y de obras públicas depredadoras, en busca del bien común y la armonía entre población y naturaleza”. (LEGORRETA, 1997).

